

Entrevista

La personalización de la política exterior, la posición de Europa frente a un nuevo orden internacional y el papel de la juventud

**Entrevista a D.^a Arancha González Laya,
Ministra de Asuntos Exteriores (2020-2021)**

Realizada por:
Julia Martín Núñez
Bruno Rodrigo de Pablo



Autor: Clement Gibon

“No debemos dejarnos engañar por quienes quieren que no seamos activos, que no tengamos capacidad de decidir nuestro futuro”

D.^a Arancha González Laya ha sido ministra de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación del Gobierno de España desde enero de 2020 hasta julio de 2021. También ha sido directora ejecutiva del Centro de Comercio Internacional y subsecretaria general de la Organización de las Naciones Unidas. Actualmente ocupa el cargo de decana de la Escuela de Asuntos Internacionales de París. En junio de 2026 ha publicado el ensayo *Solos en el mundo*, donde examina el papel geopolítico de la Unión Europea empleando como herramienta un futuro distópico.

1. El inicio de 2026 ha mostrado hasta qué punto el escenario internacional actual se encuentra marcado por una creciente inestabilidad y por una toma de decisiones cada vez más personalizada. La intervención de Estados Unidos en Venezuela, seguida de los ataques militares contra Irán a finales de febrero y el conflicto que se ha desarrollado desde entonces, plantean interrogantes importantes sobre la concentración de la política exterior en manos de líderes individuales. En una democracia como Estados Unidos, estos acontecimientos también reabren el debate sobre el papel del Congreso y los mecanismos institucionales de control en decisiones que implican el uso de la fuerza. A su juicio, ¿qué explica esta creciente personalización de la política internacional?

Arancha González Laya (AGL): Creo que esta personalización de la política internacional tiene mucho que ver con la idea del hombre fuerte, del líder capaz de impulsar cambios, de actuar, y de actuar rápido, de mostrar gran capacidad disruptora, de tomar a sus “enemigos” por sorpresa. Y claro, eso encaja mal con la idea de pesos y contrapesos de una democracia, como es Estados Unidos. Y por eso es tan sorprendente, y nos sorprende a todos fuera, pero también dentro de Estados Unidos, esta actitud del presidente en política exterior, capaz de saltarse todos los pesos y contrapesos y mostrar su capacidad de acción. Yo creo que tiene que ver con crear una falsa ilusión de capacidad de resolver, más teniendo en cuenta que ninguna de las grandes acciones iniciadas desde principios del 2026 ha llevado a soluciones. Es una pretensión de liderazgo y una pretensión de eficacia en la resolución de conflictos, ya sean comerciales, políticos o militares, sin que hayamos visto todavía ninguna resolución en realidad. Ni siquiera en el caso de los aranceles se han cumplido los objetivos anunciados. El presidente de Estados Unidos justificó su aumento exponencial como una forma de reducir el déficit comercial y reforzar el empleo industrial en el país, pero ninguno de esos resultados se ha producido.

Si vamos al campo de Irán, la acción de la administración de los Estados Unidos no ha dado como resultado una obliteración de la capacidad militar iraní, ni se ha acabado con el programa nuclear iraní, ni se ha acabado con el régimen iraní. Luego, es la falsa ilusión del hombre líder, fuerte, capaz y determinado, al que nadie puede parar.

2. Esta personalización en las relaciones internacionales choca frontalmente con la visión institucionalista y multilateralista que tradicionalmente se defiende desde la Unión Europea. ¿Le preocupa que Europa siga quedándose atrás y proyecte la imagen de ser incapaz de influir de manera decisiva en conflictos y crisis internacionales, como la que se está viviendo en el Estrecho de Ormuz?

AGL: A mí no me preocupa que la Unión Europea no se comporte como la administración de los Estados Unidos. En realidad, me preocuparía mucho si lo hiciera. Pero sí me preocupa la incapacidad europea, no en todos, pero sí en algunos de estos casos, de no ofrecer una alternativa, de no desplegar sus propias capacidades, de no mostrar que hay otra vía para hacerlo. Y digo esto porque ha habido momentos anteriores donde la Unión Europea ha sido capaz de demostrar que había otra vía. Pensemos en el acuerdo nuclear con Irán, el famoso JCPOA, que fue negociado con un gran liderazgo de la Unión Europea, por supuesto junto con Estados Unidos, China y Rusia, pero con Europa llevando el peso y la voz cantante, y en el que se llegó a un acuerdo. Por cierto, cabe recordar que era un acuerdo no solamente con promesas por parte de Irán, sino con mecanismos internacionales para verificar su cumplimiento. Sin embargo, se tira a la papelera de la historia cuando el presidente Trump inicia su primer mandato; no porque el acuerdo fuera malo, sino porque lo había negociado el anterior presidente de los Estados Unidos, contra quien él había hecho su campaña electoral.

Entonces, a mí no me preocupa que Europa no emule a la administración de los Estados Unidos, me preocupa que Europa no despliegue su propia manera de entender las relaciones internacionales, y su capacidad para tomar las medidas que puedan, a medio o largo plazo, ayudar a la resolución o a la gestión de muchos de estos conflictos que estamos viendo a nuestro alrededor. Con la notable excepción de Ucrania, donde la Unión Europea se ha colocado desde el principio del lado de Ucrania y está apoyando al país en esta fase del conflicto que le permite defender su territorio gracias al apoyo militar, pero también financiero, por parte de la Unión Europea.

3. ¿Y qué cree usted que debe cambiar en la política exterior de la UE para poder tener un papel más determinante?

AGL: Creo que lo que hay que buscar es construir acuerdos dentro de la Unión Europea sobre el fondo del asunto, es decir, el que Europa ahora no sea capaz de pesar en algunos de estos conflictos internacionales no es de orden institucional, es de orden sustantivo. En otras palabras, si la Unión Europea ahora mismo no es capaz de tener una voz propia en Oriente Próximo no es porque se requiera unanimidad en la toma de decisiones en materia de política exterior, sino porque hay un desacuerdo sustantivo dentro de las filas de la Unión Europea. Entonces lo que hay que buscar es compartir una agenda y compartir esta agenda en su contenido. Ir construyendo ese consenso europeo en política exterior como lo hemos construido respecto a Ucrania. Hacerlo extensivo a otros espacios, a otros conflictos donde también nos jugamos mucho, donde nos jugamos nuestra credibilidad como actor internacional con capacidad propia y con voz propia. Pero para eso hay que construir unión dentro de la Unión Europea. Hay algunos temas en los que no tenemos esa unión.

4. En ese contexto, parece que no sólo se resiente la unidad dentro de la Unión Europea, sino también la cohesión de las relaciones transatlánticas. A su

juicio, ¿sigue teniendo sentido la alianza transatlántica en los términos en que la hemos entendido hasta ahora? ¿Considera necesario redefinirla para adaptarla al nuevo escenario internacional?

AGL: Los europeos nos encontramos en una posición que no hemos buscado, pero sobre la que tenemos que ser lúcidos. Nos encontramos ante una administración estadounidense que no ve sus relaciones con la Unión Europea como una relación entre aliados sino como una relación entre subordinados. Donde la administración de los Estados Unidos busca debilitar la integración europea, busca debilitar la Unión Europea y busca dictarle a la Unión Europea y a los Estados miembros la que tiene que ser su agenda. Esto nos lo han dicho y además lo han escrito. O sea que no nos tenemos que llamar a engaño. Nosotros no hemos buscado esta situación.

La administración estadounidense insiste en ello. No se trata únicamente de decidir si la Unión Europea gasta un poco más en defensa o si tenemos unos aranceles un poco más altos o un poquito más bajos. Yo creo que hasta ahí podríamos llegar a aceptar un nuevo equilibrio, y de hecho hemos demostrado ser capaces de encontrar ese nuevo equilibrio. Pero lo que no podemos es normalizar una relación con Estados Unidos donde la administración se comporta como depredadora de los intereses europeos. Y, sobre todo, lo que es muy peligroso para Europa es aceptar estar en una alianza defensiva y de seguridad, en el marco de la OTAN, donde la administración estadounidense debilita la capacidad de disuasión de esta alianza y la debilita en un momento en el que hay una serie de fuerzas, como claramente es el caso de Rusia, que buscan atacar a Europa. Atacar en una guerra abierta a Ucrania, pero atacar a países de Europa también de una forma más discreta, con ciberataques, con ataques en infraestructuras básicas y con injerencias en el espacio informacional europeo.

Entonces, nos encontramos en una situación en la que nuestros antiguos aliados no se comportan como tal, es más, atacan a la propia Unión Europea y a su integridad territorial, pensemos en Groenlandia. Con lo cual, a los europeos nos queda no llamarnos a engaño, ser muy lúcidos y a partir de ahí, decidir cómo queremos garantizar nuestra propia seguridad y defensa.

5. Nos parece especialmente interesante que haya mencionado Groenlandia, porque la posición de la administración estadounidense respecto a este territorio ha contribuido a reabrir debates estratégicos dentro de Europa. En países como Islandia, por ejemplo, se ha reactivado la discusión sobre una posible aproximación a la Unión Europea, con un referéndum previsto para decidir si se retoman las negociaciones de adhesión. A la vez, el ataque ruso a Ucrania ha transformado profundamente el sentido de la política de ampliación europea, que hoy parece entenderse cada vez más como una herramienta geopolítica. En este nuevo escenario, ¿cree que la Unión Europea está preparada para afrontar una nueva ampliación? ¿Cómo debería responder a las aspiraciones de aquellos países que buscan acercarse o incorporarse al proyecto europeo?

AGL: Lo que estamos viendo es que en este momento de endurecimiento del contexto internacional y de endurecimiento del vecindario de la Unión Europea, los países que están fuera sienten que hace mucho frío y quieren encontrar una manera de cobijarse y de buscar espacios donde se sientan más protegidos. Eso es lo que ha llevado a Islandia a reactivar su proceso de acercamiento a la Unión Europea planteando un nuevo referéndum sobre la posibilidad de retomar las negociaciones para ser miembros, que ya empezaron hace unos años, y que abandonaron en un momento en el que se sentían quizás menos interesados. Esto es lo que ha llevado a Suiza a concluir recientemente un nuevo marco de cooperación con la Unión Europea. Esto es lo que ha llevado

también a un país como el Reino Unido a replantearse si la decisión de salirse de la Unión Europea con el *Brexit* sigue siendo relevante dado el gran cambio que ha ocurrido desde que esta decisión tuvo lugar.

Y esto es lo que ha llevado también a la Unión Europea a plantearse cómo debería llevar adelante su procedimiento de ampliación. La incorporación de nuevos miembros está llevando a un cambio de paradigma: pasar de una lógica de “todo o nada” a un modelo de integración gradual, que permita a los Estados candidatos incorporarse progresivamente en aquellos ámbitos en los que ya cumplan con los estándares europeos. Y todo esto es también el resultado de este endurecimiento del contexto internacional, de la agresión rusa en el flanco este, de la situación en el Próximo Oriente, y en el sur de la Unión Europea, en el Sahel. Y también, por supuesto, del cambio de postura por parte de Estados Unidos. Todo esto está llevando a un cierre de filas dentro de Europa con un acercamiento cada vez más progresivo entre lo que eran antes distintas maneras de relacionarse dentro del continente europeo. Incluso, curiosamente, con un país como Canadá que, a pesar de que no está en el territorio europeo, siente que su cercanía con la Unión Europea es una manera de construir resiliencia y así es como se ha encontrado invitado a la reunión de la Comunidad Política Europea que tuvo lugar hace apenas unos días en Ereván (Armenia). Todo eso es también el resultado de este cambio geopolítico, de esta ruptura geopolítica.

6. Usted ha hablado en más de una ocasión de un concepto muy interesante: la pérdida de la confianza vertical. Esta revista tiene como objetivo una comprensión profunda de los procesos históricos y geopolíticos que configuran nuestro presente, dando un espacio especial a los jóvenes. La iniciativa de esta revista nace de la convicción de que los jóvenes tienen interés real por conocer qué sucede en el mundo y por analizarlo de manera profunda y reflexiva. Sin embargo, si observamos las distintas encuestas sobre la

opinión general de los jóvenes respecto a la política, sobresale una palabra por encima del resto: desconfianza. ¿Qué ha ocurrido para que los jóvenes hayan perdido esa confianza vertical en las instituciones de la que usted habla y que, en definitiva, han servido para estructurar el mundo en el que jóvenes como nosotros han crecido?

AGL: Tiene distintos orígenes. La desconfianza de los jóvenes es desconfianza en la eficacia y la legitimidad de las instituciones. Y cuando hablo de legitimidad es de la capacidad de estas instituciones en el sentido más amplio posible, no solo los partidos políticos sino cualquier manera de organización social. Hemos olvidado que somos humanos y que la manera de comunicarnos tiene que ser volviendo al diálogo entre nosotros, a la escucha, al entendimiento, a ponernos de acuerdo, pero también a aprender a vivir en desacuerdo. Yo esto se lo digo a mis estudiantes cada vez que empieza el nuevo curso académico: mi experiencia vital me ha enseñado que es muy difícil construir consensos, pero es más difícil todavía aprender a vivir en el disenso. Y todo eso es el poso que genera una gran dosis de desconfianza. Y para eso yo creo que el mejor antídoto es volver a lo que sabemos hacer, abandonar esta desmediatización que hemos sufrido con la tecnología y buscar conectarnos nuevamente tratando de entender qué es lo que nos ha traído aquí y dónde queremos ir colectivamente. Ya sea como región, como país, como continente, como partido, o como grupo social. Me parece que tenemos que volver a lo que nos hace realmente humanos, que es esa capacidad de dialogar. Y por eso yo aplaudo iniciativas como la vuestra, que lo que buscan es crear espacios donde podamos volver a dialogar.

En estos últimos meses he viajado mucho por la geografía europea y española, y lo que más me ha llamado la atención es el gran interés ciudadano por entender qué está ocurriendo, qué nos ha traído aquí y cómo podemos ser

dueños de nuestro futuro. Y eso es lo que creo que tenemos que ser más capaces de practicar y de alimentar en estos momentos.

7. La siguiente pregunta es obligada. ¿Qué consejo daría a los jóvenes interesados en desarrollar una carrera en el ámbito de las relaciones internacionales?

AGL: Sobre todo, no olvidarse de que el futuro no está escrito. Abandonar la idea de la inevitabilidad, que es el cáncer de nuestro tiempo, que es pensar que antes de jugar ya hemos perdido. Es entender que el futuro será lo que colectivamente queramos que sea. Y si queremos que sea, que exista, tenemos que poner nuestros medios. Yo animo muchísimo a todos los jóvenes a que se interesen por las relaciones internacionales, a que las cultiven en sus distintas facetas, en la económica, en la de cooperación al desarrollo, en la *securitaria*, en la de derechos humanos, en la medioambiental, en la climática, en la energética... Su contribución es la que hará que se escriba ese futuro. No debemos dejarnos engañar por quienes quieren que no seamos activos, que no tengamos capacidad de decidir nuestro futuro.

8. A lo largo de su carrera, usted ha promovido activamente una mayor presencia de mujeres en el ámbito de las relaciones internacionales y de la diplomacia. ¿Qué consejo daría específicamente a las jóvenes que aspiran a desarrollar una carrera profesional en este campo?

AGL: El consejo que doy siempre es que todas nos sintamos con el pleno derecho y la plena capacidad para ir construyendo, poniendo nuestro ladrillo a esta construcción de las relaciones internacionales. No pensar que somos de segunda categoría. No dejarnos apabullar por esto que se ha puesto muy de moda, decir que la igualdad es una cuestión *woke*. No dejarnos engañar por quien, en realidad, no quiere sociedades de hombres y mujeres plenamente

iguales trabajando juntos, sino de subalternas. En definitiva, sentirnos personas de pleno derecho, tanto si eres mujer como si eres hombre, porque esto no va de mujeres trabajando con mujeres para ayudar a las mujeres, esto va de sociedades. De hombres y mujeres trabajando juntos, codo a codo, entendiendo que la contribución de todos es lo que se necesita para escribir el futuro.